

nores divinos á todos los dioses desconocidos de todas las naciones, convirtiéndose así en inmensos panteones los templos consagrados antes á los severos dioses de la Etruria. Roma, que había perdido sus ideas, su religión y sus costumbres, perdió también sus magníficas instituciones. El Poder monárquico y el Poder republicano pueden ser legítimos, porque pueden asociarse á la idea del derecho. Pero el Poder de los emperadores, sostenido por los pretorianos, y salido, armado de todas armas, del Pretorio, como Minerva de la cabeza de Júpiter, era un hecho monstruoso, absolutamente separado de la noción de la legitimidad; un hecho monstruoso monstruosamente producido por la fuerza. Desde que Roma se sujetó á ese hecho, la santa noción del poder político y social desapareció de las sociedades humanas. Un Emperador no era un Rey, ni era un Cónsul; no era un dios, ni era un hombre. Los Emperadores, sin adquirir nada de divino, perdían todo lo que tenían de humano al subir al Capitolio. Abortos de la fortuna, al poner el pie sobre las gradas del Trono se sentían poseídos de un vértigo y tocados de demencia. Roma era á la sazón una vil prostituta, que se compraba y se vendía. Su Cetro y su Corona estaban en el mercado. Los pretorianos eran los mercaderes, y los sirios, los árabes y los godos fueron los compradores. No hubo nación bárbara que no enviase alguno de sus hijos para que pusiera el pie sobre la cerviz de Roma; de Roma, temida antes de las naciones, y ya fábula y ludibrio de las gentes.

No pudiendo Roma por sí sola con el peso del orbe, dividió su Principado; entonces hubo dos Romas y hubo dos Imperios: la Roma oriental y la Roma occidental; el Imperio de Oriente y el Imperio de Occidente. Ni aun así pudo conservar su dominación ni defender sus fronteras. Dios soltó contra ella la represa de su ira, y confió el ministerio de su venganza á pueblos sin nombre, desprendidos del polo para lavar con torrentes de sangre las inmundicias de Roma, esa casa de prostitución y esa cloaca del mundo.

Una nueva aurora lució en la obscuridad; un nuevo sol bri-

lló en los horizontes. El Oriente no se había sometido definitivamente ni á la espada de Alejandro ni á la espada de Roma, porque esas dos espadas pertenecían á dos pueblos, cuyas civilizaciones habían de ser acometidas de disolución más tarde ó más temprano, porque eran civilizaciones locales, civilizaciones incompletas. La civilización que debía reinar en el mundo debía ser universal; es decir, fundada en la naturaleza del hombre, puesto que todos los hombres debían someterse á su Imperio. Esa civilización era el cristianismo.

El Salvador de los hombres había encargado á sus discípulos que llevasen su palabra á todas las zonas de la tierra; esto consiste en que su palabra se dirigía al género humano sin distinción de razas y de familias; en que su doctrina era al mismo tiempo *leche para los niños y pan para los adultos*; en que su civilización era una civilización universal que no necesitaba del apoyo de la espada para penetrar en el corazón de las más apartadas regiones.

Sin embargo, el cristianismo, depositario de una civilización universal y completa, y de la verdad absoluta, debía obedecer y obedeció á la ley universal que preside al desarrollo de todos los acontecimientos históricos. Su toma de posesión del Oriente y del Occidente, del Norte y del Mediodía, debía ser segura, pero lenta. El cristianismo debía pulverizar las civilizaciones antiguas, debía modificar la organización de las sociedades, debía dar una nueva dirección á las costumbres de los pueblos y á las ideas de los hombres; y proclamando la personalidad del esclavo y de la mujer, y destruyendo las barreras que entre las razas de los hombres habían levantado las manos de los hombres, debía alterar la constitución de los Estados y la constitución de las familias. Pero todas estas alteraciones y mudanzas debían realizarse sin trastornos y sin revoluciones; es decir, con el perezoso transcurso de los tiempos. El hijo de Dios pudo rescatar al género humano desde el día en que Dios puso al hombre en el mundo como al niño en su cuna; y, sin embargo, entre el día en que perdió el hombre su inocen-

cia y el día de su rescate, entre el día en que fué lanzado del Edén y el día en que con la sangre derramada en la Cruz se escribió el nuevo pacto de alianza, puso Dios muchos siglos.

El cristianismo comienza por la predicación, porque antes de todo era necesario que los Apóstoles se revelasen por medio de la palabra á la tierra; anunciando á las gentes era necesario que disolviera la antigua civilización, y que la disolviera por medio de la discusión y no por medio de la espada. Esta es la época de los doctores y de sus controversias con los filósofos gentiles. Anunciando al mundo como la verdad y vencedor del gentilismo, era necesario que se constituyera en Poder político, religioso y social, porque todos los Poderes habían naufragado á un mismo tiempo en el naufragio de la antigua civilización y en el naufragio de Roma. Esta es la época de los Pontífices; época en que se restauró la noción de la autoridad pública en el mundo, y en que comenzaron á adquirir cierta unidad y consistencia las sociedades humanas.

Mientras que el cristianismo iba así dilatando sus conquistas y afirmando su poder en las regiones occidentales, el Oriente se conturbó con la presencia de un hombre. Ese hombre es Mahoma. Mahoma despertó á los árabes de su profundo letargo, y levantó á sus tribus como el huracán á las arenas de sus inflamados desiertos. Así volvió á embravecerse la lucha entre el Oriente y el Occidente; lucha terrible en que el mundo remitió al azar de los combates la decisión de cuál había de ser su Código, cuál había de ser su estandarte, cuál había de ser su Dios y quién era su profeta.

El cristianismo se había derramado por el mundo, majestuoso y sereno, como un mar sin tempestades. El islamismo se derramó por la tierra rápido y tumultuoso, como un crecido torrente. El cristianismo, obra de Dios, estaba hecho para la eternidad; el islamismo, obra del hombre, era un accidente de la Historia y una modificación de los tiempos. Véase aquí por qué el uno era rápido y tumultuoso, y el otro pacífico y mesurado; véase aquí por qué el uno era como un vasto mar sin

movimiento y sin límites, y el otro como un torrente crecido en la mañana y seco á la tarde.

El cristianismo se dilató por medio de la discusión; el islamismo quiso dilatarse por medio de la espada. Mahoma, después de haber sometido la Arabia, funda el poderoso Imperio de los Califas. Los sarracenos, derramándose por el Septentrión y el Oriente, someten á su yugo la Siria, la Palestina y la Persia; Chipre cae en su poder; volviéndose hacia el Oriente, se derraman por el África; viniéndoles estrechas las dilatadas regiones, pasan el Estrecho, ponen el pie en la península ibérica, y en una batalla campal orillas del Guadalete sepultan al pueblo de los godos, y ponen fin á su antes poderosa y entonces flaca Monarquía. Delante de sí se levantan los Pirineos como gigantes que salieran al camino para atajarles el paso. Los sarracenos salvan sus ásperas cimas; pero Carlos Martel, campeón de la cristiandad, de estirpe egregia y generosa, los esperaba á pie firme, y trabada la batalla rompe sus haces; la Cruz sale vencedora del estandarte del profeta.

Porfiada fué la lucha en otros países y regiones. Jamás la civilización oriental había declarado una guerra más obstinada á la civilización del Occidente. Su nuevo vigor consistía en que el fatalismo, que había sido siempre un hecho entre los pueblos asiáticos, fué transformado por el legislador de los árabes en dogma.

Algunos creen que Mahoma trajo al mundo la doctrina del fatalismo: éste es un error. El fatalismo había sido desde la antigüedad más remota la doctrina del Oriente. El título de gloria de Mahoma y lo que le sublima sobre todos los reformadores humanos, es haber rejuvenecido el Oriente en los días de su decrepitud, transformando su doctrina en creencia ¹.

Mientras que el islamismo se propagaba por el Oriente, unas veces con próspera y otras con adversa fortuna, el cris-

¹ Excusado es observar que ni la doctrina del fatalismo, ni en general ninguna doctrina falsa, es capaz de sublimar á ningún reformador humano, y mucho menos á un impostor como Mahoma.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

tianismo se afirmaba leutamente en el suelo fecundo y predeterminado de la Europa. El Capitolio, asiento de los Pontífices, estaba en posesión de la eternidad de su segunda vida. El mundo escuchaba reverente sus oráculos, porque Roma era la fuente del poder, de la legitimidad y del derecho. La unidad religiosa del Occidente produjo el acontecimiento más maravilloso entre cuantos están consignados en los anales de los pueblos por las plumas de los historiadores. Los castillos quedaron silenciosos, porque fueron abandonados de sus señores feudales; los Tronos quedaron vacíos, porque fueron abandonados de los Príncipes; las ciudades quedaron desiertas y silenciosas, porque las abandonaron sus gentes. ¿Adónde van esas gentes, y esos Príncipes, y esos Barones feudales? Van, armados sus pechos de la Cruz, y sus corazones de la fe, y sus brazos de acero, á conquistar un sepulcro y á morir, después de haber derramado sobre él lágrimas y flores.

Si yo supiera escribir, escribiría una obra contando las maravillas de la Religión que produjo la mayor de todas las maravillas: las Cruzadas. Pero Bossuet no existe, y sólo Bossuet podría derramar todas las pompas de su estilo sobre las magnificencias de esa historia.

V

Mahoma dejó su Imperio á los Califas; desmembrado el Imperio de los Califas después de haber tremolado el estandarte del profeta por las más apartadas regiones, sale del seno del islamismo el poderoso Imperio otomano, ó de otra manera, el Imperio de los osmanlí.

Los turcos descienden de una tribu que erró en la antigüedad en los países situados al Oriente y Nordeste del mar Caspio. Sus fronteras eran la China, la Siberia, el lago Aral y la Gran Bulgaria. De allí salieron los guerreros conocidos con el nombre de turcos seljucidas, que se apoderaron de Bagdad, desmembraron el Califato, conquistaron el Asia desde las fron-

teras de la Persia y de la India hasta las de la Frigia, y guerrearon por espacio de dos siglos con los Emperadores griegos y con los cruzados de Occidente.

Los turcos se convirtieron en el siglo VIII á la Religión mahometana; en el siglo X comenzó á resonar el nombre de esa tribu en los oídos de la Europa. En el XIII, Gengis-khán, al frente de los mogoles, precipita, unos sobre otros, todos los pueblos asiáticos. En medio de la confusión y del desorden que produjeron sus rápidas y prodigiosas conquistas, apareció el turcomano Esmán, que arrastrando en pos de sí, en 1239, una horda de tártaros del Cáucaso, engrosada con prisioneros, esclavos, fugitivos y ladrones, y protegido por el Sultán de los seljucidas de Iconio, se apoderó de los desfiladeros del Olimpo, acampó en las llanuras de la Bitinia y arrebató nuevas provincias del Asia Menor á los Emperadores de Constantinopla. A la muerte de su protector en el año 1300, tomó para sí el título de Sultán, y sobre los escombros del Imperio de los árabes, de los seljucidas y de los mogoles, levantó con sus manos victoriosas el de los turcos osmanlí. Tal fué el origen del colosal Imperio que debía hacer temblar al Asia y á la Europa, y que ahora se consume lentamente en una prolongada agonía, escarnio de la Europa y vergüenza del Asia.

Cuando la Providencia quiere levantar un grande Imperio, comienza por consagrar á su servicio la espada de un hombre grande. Los turcos, más afortunados que otros fundadores de ilustres dinastías y de famosos Imperios, fueron regidos sucesivamente por ocho grandes capitanes, que dilataron prodigiosamente sus fronteras y acrecentaron sus dominios.

Orcán, hijo de Osmán, entró en posesión de la gloriosa herencia de su padre cuando el Imperio griego de Oriente ardía en discordias intestinas. Los Emperadores, escarnecidos por sus poderosos vasallos, llevaban en su mano un Cetro inútil, símbolo, más bien que de su autoridad presente, del poderío de los antiguos Emperadores, de quienes habían heredado la Púrpura y la Corona. La Tracia, la Servia, la Bulgaria y la Gre-

cia, sometidas á su autoridad en el nombre, estaban gobernadas por Príncipes, Duques y déspotas feudatarios del Imperio, que hacían alarde de su independencia y ostentaban á los ojos de sus Soberanos su propia soberanía. Estas discordias, poderosas para dar al traste con los Imperios más robustos, lo eran mucho más para acelerar la rápida declinación de un Imperio decrepito, que no podía ser regenerado sino por la espada de los conquistadores. En esta época había un nuevo motivo de parcialidades y bandos. El Emperador Manuel Paleólogo, y su tutor Juan V Cantacuceno, disputaban entre sí por el ejercicio de la autoridad soberana; y como el último recurriese á Orcán en demanda de socorro y ofreciéndole la mano de su hija, el bárbaro se apresuró á dispensarle su apoyo y á tomar á su hija por esposa, seguro como estaba de que convenía á su gloria dividir su lecho con tan nobilísima mujer, y de que convenía á su engrandecimiento entender en las cosas de sus vecinos y arrojar su espada en medio de sus discordias. Su hijo Solimán se apoderó de Andrinópolis y de Gallópolis; los servios y búlgaros fueron arrollados por sus huestes, que se derramaron por la Tracia y devastaron la Grecia.

Amurat I asentó la silla de su Imperio en Andrinópolis; conquistó la Tracia, la Albania y la Macedonia, siendo tan rápidas sus conquistas que Juan Paleólogo, que había pedido á Urbano V una nueva cruzada, se vió obligado á tratar la paz con el conquistador antes de recibir respuesta, obligándose por el tratado á pagar tributo. En 1390, Amurat venció, orillas del Danubio, al Príncipe de Servia, á los válacos, á los húngaros y á los dálmatas, que se reunieron para contrastar su poder y para reprimir su pujanza.

Sucedió á Amurat, Bayaceto, conocido por *el Rayo*. Bayaceto invadió la Tesalia y penetró con sus huestes hasta las puertas de Constantinopla. La Hungría, la Alemania y la Francia, sobrecogidas de terror, reunieron para combatirle un ejército de cien mil hombres. El Rey Segismundo tomó el supremo mando en Ofén. Seis mil caballos y cuatro mil infantes servían

á las órdenes de Juan sin Miedo, Duque de Borgoña. En aquel famoso Ejército estaban alistados los vasallos invencibles de Enguerrando de Coucy, acompañados de toda la flor de la caballería y de la nobleza de Occidente. El 28 de Septiembre de 1396 vinieron á las manos los ejércitos beligerantes; la fortuna, infiel á los cristianos, se declaró por los osmanlis, y la cristiandad perdió el mejor de todos sus Ejércitos en los funestos y para siempre famosos campos de Nicópolis. El Conde de Eu, el de la Marche Doubord, el Señor de la Trimouille, el Duque de Borgoña y otros varones de alta nombradía, cayeron prisioneros. Enguerrando de Coucy murió cautivo. Segismundo llegó al Danubio acompañado solamente de cinco caballeros, reliquias del común desastre; desde allí marchó á Constantinopla, y volvió por mar á su tierra, no cabiéndole dentro del pecho el dolor, ni dentro de sus ojos las lágrimas. Los turcos se apoderaron entonces de la Bosnia, y el Emperador Manuel Paleólogo tuvo que ceder el Trono á su sobrino Juan, á quien Bayaceto dispensaba un generoso amparo.

Mientras que el Occidente era teatro de tan grandes cosas, el Oriente era teatro de sucesos más grandes todavía. El suelo del Asia retemblaba bajo la planta de Tamerlán, el más bárbaro entre todos los bárbaros capitanes, que al frente de los mogoles habían debelado la tierra, empapándola en la sangre de las naciones y cubriéndola de escombros. El Asia, que tantos monstruos había visto nacer y pasar por sus dilatadas regiones, pudo admirarle todavía como el mayor que habían abortado sus desiertos.

Bayaceto, que sintió venir el torbellino sobre su Imperio del Asia mientras que combatía por empuñar en su mano el cetro de la Europa, volvió su cara hacia el Oriente, poniendo así un término á sus conquistas y concediendo al decadente Imperio bizantino algunos momentos de reposo. El Emperador de los osmanlis y el Emperador de los mogoles dispusieron sus huestes en orden de batalla. Un millón de soldados combatieron en 1402 en los campos de Ancira por el dominio del mundo.

Habiendo sacado Bayaceto lo peor del combate, perdió en un solo día su libertad y su Corona. Sin embargo, la furia de Tamerlán pasó como un torrente, y Mahometo I, hijo de Bayaceto, subió en 1413 al Trono de los osmanlís. Durante su reinado fueron vencidos los venecianos en Tesalónica; se adelantaron las armas mahometanas hasta Salzburgo y hasta la Baviera, y tuvieron principio las fuerzas navales de los turcos. Su hijo Amurat II llevó sus huestes hasta Belgrado, valladar del Occidente, venció á los cristianos en Warná y amenazó á Constantinopla.

En esta sazón subió al Poder Mahometo II, á quien el cielo tenía reservada la gloria de llevar á cabo la ardua empresa acometida por sus antecesores, entrando por armas la magnífica ciudad que había de ser el sepulcro del Imperio romano y la gloriosa silla de un nuevo Imperio. Constantinopla cayó en su poder el 29 de Mayo de 1453, día de eterna recordación para la cristiandad, porque en él recibió el precio de sus discordias intestinas apurando la copa de sus tribulaciones; día de eterna recordación para los pueblos occidentales, porque miraron con sus ojos arrasados de lágrimas cómo tremolaba á todos vientos sobre los muros de Bizancio la victoriosa bandera del Oriente; día, en fin, de eterna recordación para los hombres, porque en él tuvo fin el Imperio romano mil ciento veintitrés años después de la fundación de Constantinopla y mil quinientos después de la batalla de Farsalia.

Vanamente el Papa Pío II llamó á las armas á toda la cristiandad cuando llegó á sus oídos la triste nueva de tan gran catástrofe y de tan grande suceso. El tiempo de las Cruzadas había pasado para no volver más, porque ya había desaparecido de la tierra la robusta generación que había atravesado los mares para tremolar la bandera latina en los desiertos del Oriente y sobre el sepulcro de Jesucristo.

Entretanto Mahometo II, repugnando el ocio aun después de tan magnífica victoria, llevó más adelante sus armas. La Morea cayó en su poder en 1456. En 1467 conquistó el Epiro;

en 1470, el resto de la Bosnia; á los venecianos les arrebató la isla de Lemnos y la de Negroponto; Gaffa pasó á sus manos de manos de los genoveses, y el khan de los tártaros de la Crimea le rindió homenaje y le pagó tributo. La muerte le sorprendió cuando revolvía en su ánimo la conquista de la Persia y la de Italia. Viéndose señor de Constantinopla, no es de extrañar que aspirase á convertir la magnífica silla de su Imperio en la capital del mundo.

Los dos Solimanes, que heredaron sucesivamente su Poder, le llevaron hasta los últimos límites. Los persas fueron rechazados hasta el Éufrates y el Tigris; los mamelucos fueron vencidos, y el Egipto se convirtió en 1517 en provincia del Imperio de los osmanlís; la Siria, la Palestina y la Meca se sujetaron á su yugo. El árabe independiente tembló por su independencia en sus abrasados desiertos. Solimán II arrebató Rodas á los caballeros de San Juan, subyugó la mitad de la Hungría, y se apoderó de Bagdad, de la Georgia y de la Mesopotamia. Entretanto el pirata Barbarroja se apoderó del Norte del Africa, y Rey del Mediterráneo, se señoreaba de sus islas. Solimán II murió en 1566, época en que el gigantesco Imperio de Osmán comienza á decrecer para morir; nuestros padres asistieron á su declinación: nosotros asistimos á su muerte. Dos siglos y medio transcurridos desde la elevación al Trono de Osmán, tronco de su nobilísima raza, hasta la muerte de Solimán II, bastaron para levantar el Imperio de los osmanlís á tan grande altura que puso espanto en todas las gentes y llevó el terror por todas las naciones. Tres siglos no han transcurrido todavía desde la muerte de Solimán hasta la muerte de Mahmoud, y ya las naciones y las gentes cantan su himno funeral y se preparan para repartirse sus despojos. Sólo la espada de un niño está levantada en su defensa. ¡Pobre niño! ¿Sabes tú cuánto pesan en los días de su decrepitud los Imperios?